

Acompañamiento y asesoría ¹

La quinta opción pedagógica de la Pastoral Juvenil a la que hace referencia “Civilización del Amor: tarea y esperanza” se refiere al acompañamiento y a la asesoría. La práctica del acompañamiento fue un aprendizaje de la Acción Católica. En aquel tiempo se les llamaba asistentes. La Pastoral Juvenil Latinoamericana, inspirada en esta práctica, propone la persona del/la asesor/a. La asesoría es un servicio, por tanto, un ministerio de acompañar, en nombre de la Iglesia, los Procesos de Educación de la Fe de los jóvenes².

“La ministerialidad de la asesoría se fundamenta:

- a) en Jesucristo servidor (Mt 20,28), que realiza el proyecto liberador de Dios;
- b) en la ministerialidad de la Iglesia, que sirve a la humanidad actualizando la liberación integral realizada en Jesucristo;
- c) en el carácter bautismal, por el cual todo cristiano/a participa de la misión ministerial de la Iglesia por obra del Espíritu y de la opción preferencial por los jóvenes asumida por la Iglesia Latinoamericana, como fruto del discernimiento del proyecto de Dios para la juventud del Continente”³.

El/la educador/a de adolescentes y jóvenes es capaz de mantener encendida la llama del deseo de la vida frente a tantas situaciones de muerte que vive este continente. Para ello, necesita educarse en la escucha, en el mirar, en el hablar, para que haya una empatía profunda entre los deseos de vida expresados en esta relación.

El/la educador/a de adolescentes y jóvenes es un/a aprendiz de Juan Bautista que “señala a Jesús” y afirma que Él es el Cordero de Dios. Señalar hacia fuera de sí mismo, creyendo que el adolescente y el joven de hoy, participando de un Proceso de Educación en la Fe, planeado y acompañado, tendrán condiciones para ir mucho más lejos que él mismo. Preparar y multiplicar diversos tipos de líderes para la comunidad.

El/la educador/a es “provocador/a”. Provoca para crecer. Para crecer hay que enfrentar muchas pérdidas, muchas decisiones que dejan cicatrices en nosotros. Él/ella tendrá la sabiduría y el coraje de hacer suscitarse las nuevas preguntas que harán la diferencia en la vida de los que están siendo acompañados/as.

Una de las herramientas del acompañamiento es la revisión de vida y la revisión de práctica para que, como grupo, puedan ir acompañando las coherencias y las incoherencias que cada uno y cada una van asumiendo en su proceso de formación en la acción.

La tarea primordial de quien acompaña es la planeación. Aquel o aquella que acompaña es el/la que tiene claro adónde se quiere llegar y la memoria del camino hecho. Por tal razón, junto con los otros adultos y jóvenes que están viviendo el proceso, ha de planear la acción de modo que ninguna actividad sea realizada sin una intención clara. Actividades que van desde el acompañamiento de los jóvenes que aceptaron la vida en grupo y, principalmente, de cómo estos jóvenes que viven en grupo van a HACER Pastoral Juvenil junto a los otros jóvenes: misiones juveniles, convocando nuevos grupos, nucleando grupos en todos los ambientes, etc.



¹ SEJ - CELAM “Proyecto de Vida: Camino Vocacional de la Pastoral Juvenil. Aportes y reflexiones de la Pastoral Juvenil Latinoamericana”, Bogotá, 2003.

² Cf. SEJ-CELAM, “Civilización del Amor, Tarea y Esperanza”, Bogotá, 1995.

³ Idem, p. 275.

Sobre el acompañamiento espiritual

Generalidades⁴:

El acompañamiento es una relación específica de ayuda: se trata de “*ayudar a la gente en su relación con Dios*”⁵, ayudarlos a encontrarse con Dios en forma personal y a dejarse animar por el Espíritu en todas las decisiones de sus vidas.

Antropológicamente, es una forma de relación interpersonal, dado que los seres humanos somos seres sociales, siempre necesitamos de otros para crecer y buscamos consciente o inconscientemente “maestros” que nos sirven de guía en el camino. De esta realidad humana no escapa el crecimiento de la fe, de la misma manera que hemos aprendido de otros desde las cosas más básicas (caminar, hablar, etc.) hasta las más complejas, también necesitamos “maestros” y compañeros de camino en la vida cristiana.

El acompañamiento espiritual es una mediación que pertenece a la tradición y que en algunas épocas ha sido junto con la oración, la más valorada. Nace en la vida de la Iglesia como una práctica propia de los clérigos y religiosos que se extendió a los laicos como beneficiarios. En este marco, se generaba una relación entre “discípulo y maestro” de obediencia ciega: el maestro era el responsable de llevar a la perfección al discípulo, y para ello le señalaba valores y metas, le programaba el camino, y el discípulo asimilaba responsablemente lo dado.

Sin embargo, y aún teniendo en cuenta las características patriarcales de la sociedad occidental tradicional, el camino de la mejor tradición ha sido sustancialmente distinto a esta idea de “dirección espiritual”. Cuando la espiritualidad ha estado atenta a la subjetividad del creyente, es decir, a la obra del Espíritu Santo en el corazón del hombre/mujer, el objetivo de la dirección espiritual no era otro que **la búsqueda mutua de la obediencia a Dios**. Si bien el maestro seguía siendo quien tenía autoridad para discernir y era el encargado de “sacar” del discípulo lo mejor de sí mismo (relación socrática o mayéutica en la que el maestro es como un “partero” que ayudaba al alumno a “dar a luz” el conocimiento), la pasividad del discípulo era realmente activa.

A la luz de esta tradición y con el aporte de otras ciencias, como la psicología, y la valoración del sentido de autonomía de la persona, los planteamientos han ido cambiando y hay una manera nueva de concebir la relación entre “dirigido y director”. De entrada es significativo el cambio de lenguaje, preferimos hablar de **acompañamiento** que de **dirección espiritual**. Así, no se acepta la figura del “sabio” porque no respeta ni la autonomía de la persona (es sospechosa de posibles “transferencias” inconscientes) ni permite al acompañante enriquecerse y crecer en la búsqueda mutua de Dios.

Actualmente el acompañamiento se centra en el acompañado. La sabiduría consiste no en señalar a éste el camino, sino en ayudarlo a que él lo descubra liberando la relación de todo autoritarismo y reconociendo el valor de los “autoprocesos”, ya que en realidad todo encuentro verdadero y vital con el Señor de la vida es personal y arrolladoramente solitario.

Pero como afirmábamos en el comienzo del artículo, Dios nos ha hecho seres sociales, nos ha regalado hermanos de camino, y nuestra soledad puede ser acompañada e iluminada por el misterio de la comunión. Así concebimos al acompañamiento como **“la ayuda que un cristiano da a otro, y que lo hace capaz de atender a la comunicación personal que Dios tiene con él, para responder personalmente a ese Dios comunicante, para crecer en la intimidad con Él y afrontar las consecuencias de esta relación.”**⁶

Ahondemos en los términos de esta definición:

- **ayuda que un cristiano da a otro:** El acompañamiento pertenece a la misión del cuidado pastoral que se encontraba ya en los orígenes de la cristiandad. Es un ministerio de ayuda, es un llamado, una vocación a la que se debe responder con responsabilidad, capacitándose a tal efecto, y siempre con conciencia de Iglesia. Nadie se “autodesigna” director espiritual, sino que se responde al llamado a acompañar la vida de fe de otros, siendo fiel a la comunidad eclesial que delega esta tarea. Por esta razón es que puede desarrollar este ministerio tanto un religioso, como un laico o sacerdote.
- **comunicación personal con Dios:** Nos permite estar atentos al diálogo real que Dios quiere establecer con cada persona. Nuestro Dios es un Dios que se comunica indirecta y directamente de muchas maneras: a través de realidades históricas, personas, eventos,

⁴ Fuentes de este apartado: *Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad Cristiana*, de Javier Garrido. Bilbao, Sal Terrae, 1996. y *Una visión Integradora del Acompañamiento Espiritual*, de Salvador C. Verón Cárdenas. S. J. CEIA. (Tesis de Licenciatura en Teología Sagrada. Cambridge, Massachusetts.

⁵ William A. Barry sj. y William J. Conolly sj. *Práctica de la Dirección Espiritual*. NY. Harper Collins, 1982. PH.

⁶ Ídem. n 1.



y por supuesto, de su Palabra, los Sacramentos, el Magisterio. El acompañamiento, por un lado, nos ayuda a “escuchar” la voz de Dios en nuestra vida, y por otro es mediación que nos ayuda a confiar en Dios. La forma en que confiamos en una persona real, es “ejercicio”, “reflejo” y anticipo de la confianza en Dios.

- **crecer en la intimidad con Él y afrontar las consecuencias:** La experiencia del acompañamiento debe favorecer a la integración y a la personalización del individuo, a la vivencia de una espiritualidad encarnada. Crecer en el encuentro personal con Dios, conlleva el descubrimiento de que nada escapa a la mirada misericordiosa y sanadora de Dios, de que podemos entregar con confianza toda nuestra vida en sus manos, porque él nos ama y nos valora como somos. Éste amor fundamenta el deseo de ser cada vez más de Dios, y por eso de ser cada vez más libres y fieles a nosotros mismos. Todos los ámbitos de nuestra vida se ven inmersos en este proceso de personalización, ya que la intimidad con Dios no implica ni alienación ni dependencia: no nos escapamos de nuestra realidad ni colocamos en “manos de Dios” lo que Él coloca en las nuestras... Estar unido a Dios nos trae el desafío de vivir el Evangelio en nuestra relación con nosotros mismos, con nuestra familia, amigos, afectos, estudio, trabajo, barrio, parroquia, etc.

Algunas confusiones peligrosas

Para poder avanzar en nuestra reflexión se hace necesario clarificar qué cosa no es el acompañamiento, y diferenciarlo de otras disciplinas, ministerios y relaciones interpersonales con las que podemos confundirnos, deformando el verdadero sentido de éste ministerio. Y esto porque el acompañamiento difiere por ejemplo, de una guía moral, de una consultoría psicológica, de la práctica de ministerios profesionales, moralizantes o sanadores. Sí es cierto que muchas veces, un buen acompañamiento puede dejar a la luz necesidades del individuo que deben ser atendidas por profesionales capacitados a tal efecto. En tal caso el acompañante debe ayudar a la persona a dirigirse ya sea al sacerdote, al terapeuta etc. para tratar cuestiones específicas. Pero sigue siendo necesario acompañar a la persona desde este servicio que asiste directamente a individuos que están en desarrollo y crecimiento en relación con Dios.

Entonces, para no confundirnos debemos clarificar que el acompañamiento:

- Es un ministerio **de ayuda** pero que no “soluciona problemas”, ya que frente a patologías o situaciones delicadas es necesario derivar a un profesional.
- Es un proceso formativo, pero no educacional, ya que tiene un objetivo más amplio que la transmisión de conocimientos.
- No es sólo un tiempo para aprender “métodos de oración”, ni una simple “charla de café”.
- Implica una relación de confianza y empatía, establecida desde una relación de libertad interior que trae el enriquecimiento de las dos personas. No debe deformarse en una relación intimista de codependencia, manipulación, idolatría, etc.
- Es una experiencia religiosa, pero también humana, y por lo tanto integra la persona entera, “corazón, afectividad, cuerpo y mente”.

Alentarnos en el desafío de Acompañar a los jóvenes

Teniendo en cuenta las generalidades de lo que es el acompañamiento en la vida de la Iglesia, ahora comenzaremos a reflexionar en las condiciones en las que esta mediación se da en el trabajo pastoral con los jóvenes. Leemos en Civilización del amor:

“Como para todos los aspectos del proceso de educación en la fe que viven los jóvenes, también la formación en la espiritualidad exige un acompañamiento personal que debe estar atento a los signos que van percibiendo en sus vidas. De modo especial, debe estar atento a los cuestionamientos que viven en el seguimiento de Jesús, en la experiencia de Iglesia, en la vivencia de su sexualidad, en la toma de decisiones para su inserción social y su opción vocacional. Un acompañamiento adecuado los ayudará a madurar en su proyecto de vida y a alcanzar su realización personal y su maduración cristiana.”

Si bien es clara la necesidad y la importancia de este ministerio, sobre todo entre los jóvenes, debemos asumir que las carencias que se dan en nuestra práctica pastoral son preocupantes: falta de formación, clericalismo, falta de fuerza en la opción pastoral, desinterés por la formación integral de los jóvenes, voluntarismo, utilitarismo, manipulación... la lista se hace larga y puede desanimarnos, cuando justamente es la acción del Espíritu la que debe motivarnos a aceptar el desafío, disfrutando de los numerosos frutos y asumiendo las responsabilidades que este ministerio conlleva.



Para alentarnos en esta tarea hace falta tener en cuenta algunas condiciones que no sólo posibilitarán el desarrollo de un buen acompañamiento sino que nos harán crecer en nuestra propia relación con Dios.

1. **Respetar la libertad:** El acompañamiento debe ser un servicio que se brinde con apertura y sin imposiciones o restricciones. Respetar la necesidad que surge del mismo joven es primordial, ya que no todos transitan el camino hacia Dios del mismo modo, y por lo tanto no todos estarán abiertos a realizar esta experiencia.
2. **Gestar una sana relación interpersonal:**
 - a) La relación entre acompañante y acompañado debe ser **asimétrica**, sin llegar a confundirse con simpatía o amistad. El que debe estar en el centro de la relación es el joven y su búsqueda de Dios, y nos las vivencias o experiencias del adulto, por más interesantes y místicas que sean. Es el joven quien debe sentirse contenido y comprendido (relación de empatía). Los roles debe estar claramente distinguidos, ya que no es conveniente que el adulto manifieste al joven sus propios procesos de crisis.
 - b) El acompañante debe invitar a la **confianza**, sin generar dependencia y sin invadir la intimidad del joven. El encuentro íntimo es de Dios con cada joven, y si bien la relación con el adulto está llamada a ser anticipo de este encuentro, no es una condición indispensable “desnudar” la propia interioridad. Por lo tanto el acompañante debe tener cuidado con las preguntas que puedan afectar la autoestima y la autoimagen del acompañado, y no buscar desestructurarlo cuando no se está capacitado para contener las posibles reacciones.
 - c) **Confidencialidad:** La vida de cada joven es un tesoro entre las manos del acompañante, que debe cuidar y no exponer en público, ni siquiera resguardando el anonimato. El respeto que debe primar en la relación, también se extiende fuera de la misma.
 - d) **Escucha activa y reflexiva de los sentimientos:** significa entrar en el mundo del otro, atendiendo no sólo a lo que cuenta, sino a su tono de voz, su lenguaje corporal, sus emociones... Y a partir de esa escucha atenta y manteniendo la distancia objetiva, sentir empatía: “sentir con el otro”. Al comprenderlo lo ayudamos a descubrir la presencia de Dios en su vida, y a la luz de esa presencia, redimensionamos hechos, sentimientos, etc. El papel del acompañante es el de un testigo atento de la gracia de Dios en la vida del otro.
3. **Tener la convicción de que el Espíritu Santo es el verdadero Guía:** La clave de este ministerio es la certeza de que Dios es el verdadero acompañante. Nosotros debemos reconocernos como instrumentos, y muchas veces sólo testigos de lo que el Señor va obrando en los jóvenes, sin dejar de asumir las responsabilidades que la tarea demanda (un proceso de formación que aclare roles, métodos, etc).
4. **Habilidad para confrontar y desafiar con delicadeza y paciencia** Con la prudencia y el respeto que ya mencionamos, hay que tener en claro que el objetivo del acompañamiento es que el joven realice un proceso de crecimiento en el que su fe se manifieste en todos los ámbitos de su vida, para esto debe tomar conciencia de su realidad por sí mismo. La ayuda que el acompañante puede darle para que esto suceda es mostrarle desde un punto de vista más objetivo la realidad que vive, a esto lo llamamos confrontación y no pocas veces generará un conflicto. No hay que temerle al generar conflictos en la medida en que la confrontación sea hecha con delicadeza y con paciencia, buscando que el joven esté maduro para escuchar lo que el adulto le pueda decir.
5. **Tener en cuenta las tres fases del acompañamiento**

Primera: **de iniciación.** La tarea del acompañante es decisiva, se caracteriza por cierta dependencia, que habrá que vigilar

Segunda: **de diálogo de discernimiento.** El acompañado lleva las riendas de su vida y aprende a discernir en diálogo continuado con el acompañante.

Tercera: **de “dar cuenta de conciencia”.** No se necesita ni es conveniente mantener una relación continuada, pero se tienen encuentros periódicos de cuando en cuando.



1. *¿Por qué el acompañamiento surge como una mediación necesaria en el crecimiento de la vida de fe de las personas?*
2. *¿Qué “camino” se fue recorriendo en la vida de la Iglesia hasta llegar al actual concepto de “acompañamiento espiritual”?*
3. *Reconocer los distintos conceptos y características que se desarrollan en la definición de acompañamiento espiritual dada en el texto. Señalar si alguno de ellos nos resulta “novedoso” y por qué. Señalar aquellos que ya estamos poniendo en práctica.*
4. *Pensar ejemplos concretos en los cuales el acompañamiento se confunde con otras disciplinas o relaciones interpersonales. ¿Qué consecuencias negativas trae esta confusión tanto para el acompañado como para el acompañante?*
5. *Revisando cómo se vive el ministerio de acompañamiento espiritual en la Pastoral de Juventud de nuestra diócesis, congregación, movimiento, parroquia...*
 - A) *¿Qué carencias, dificultades, confusiones descubrimos? ¿Por qué creemos que se dan?*
 - B) *Teniendo en cuenta las condiciones que posibilitan el desarrollo de un buen acompañamiento ¿cuáles son las riquezas en la vida de los jóvenes de nuestra realidad que podemos reconocer como frutos de haber sido “bien acompañados”?*

